Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

104 **Sigal-Verón, la interpretación discursiva**



Suplemento especial de Página/12

ENUNCIADOR PRIMERO - ENUNCIADOR SEGUNDO

Voy a dejar de lado los fundamentos discursivos que ofrecen Sigal-Verón. A lo sumo se verán en los textos que habremos de citar y en el enfoque que éstos habrán de exhibir. La interpretación final de los grupos intervinientes en el peronismo del '73, de la pregunta sobre la *verdad* y la posibilidad de la praxis la haremos a nuestro modo, con nuestras herramientas. Desde ya hacemos notar algo: *¿Cuál es la verdad?* ¿Quién *tiene la verdad en el desarrollo histórico que va desde junio del '73 hasta julio del '74, muerte de Perón*? Esas "verdades" irán cambiando. Nadie se sujetará a una porque la coyuntura es tan volátil, tan tornadiza, que una de las tareas de los grupos es tratar de elaborar conceptos para seguirla. De este modo, las verdades van y vienen. Dentro de un marco establecido, férreo: la *lealtad* a Perón. Esto es lo que Sartre llama *juramento* dentro del grupo. Todos aceptamos acatar algo. ¿Se podrá? ¿Podrán acatar todos los grupos sostener el *juramento* de la lealtad a Perón? ¿Podrá incluso Perón ser leal a sí mismo, al *juramento* con que se comprometió ante los diversos grupos? Porque lo extremadamente original de Perón hasta la etapa doctrinaria es que ofreció un *juramento* a cada grupo, el que le servía para controlarlo. Luego él mismo no pudo ser fiel a todos los *juramentos* en que se había comprometido y empezó a elegir. Lo que nunca su puso en cuestión fue la cuestión de la *lealtad* en Perón. ¿Podía Perón no ser *leal* a sí mismo? Inevitablemente, la Tendencia tendrá que impulsar esta interpretación: Perón, traicionándolos, se traiciona a sí mismo. No es leal al juramento que él mismo estableció. Pero lo propio del juramento de Perón es que era (por decirlo así) un juramento diseminado. Un juramento caleidoscópico. Se abría en todas las direcciones en que era necesario atrapar para el movimiento a quien se acercara. El despliegue de verdades que hace Perón –desde la exterioridad de la materia histórica, desde la esfera del mito– es vertiginoso. A partir de Ezeiza, en medio de las contradicciones, sucio por el barro de la Historia, no puede diseminar verdades. Tiene que cortarlas, amputarlas. Sólo hay una: la que él enuncia. En este sentido es que Sigal y Verón lo postularán como *enunciador privilegiado* o *enunciador primero*.

Nuestros autores (de aquí en más: S/V) encuentran sus mejores momentos en el análisis del tipo de enunciación de la Juventud Peronista. Analizarán el tema otorgando prioridad a la esfera política. Saben que detrás de la sangre de Ezeiza laten enfrentamientos ocultos entre la CGE, la Sociedad Rural, la CGT, etc. Se trata de proyectos económico-políticos divergentes. Sin embargo, es en la esfera ideológica donde rastrearán la producción de significantes. "Sería tan aventurado como inútil tratar de interpretar a los grupos armados o el comportamiento del 'brujo' López Rega y sus aliados, en términos de clase o de conflictos sociales" (Silvia Sigal, Eliseo Verón, *Perón o muerte, los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Eudeba, 2003, Buenos Aires, p. 145). Y más adelante: "De este proceso se puede sin duda escribir una historia según la cual la Argentina es el escenario de los conflictos y de las alianzas entre industriales, terratenientes y obreros. Pero hay otra historia posible, no menos significativa, protagonizada por la 'derecha' y la 'izquierda', por los 'leales' y los 'traidores', por los 'infiltrados' y la 'burocracia sindical'. Lo que caracteriza el período que nos interesa ahora es que *esta segunda historia puede ser reconstruida independientemente de la primera*" (S/V, *Ibid.*, p. 145). Se habrá observado que nosotros no hemos recurrido con mayor intensidad a la esfera económica. No lo habrán notado todos, pero sí los economistas. ¿Para este tipo no existe la economía? Sería una pregunta un poco extrema e injusta. Siempre que fue necesario recurrimos a la economía. Pero no era un problema detectable en la estructura económica de la sociedad lo que se jugaba en la Argentina. La economía no habría de generar ningún quiebre. La Argentina pasó de una etapa política a otra sin que la economía se deteriorara con algún grado de seriedad. El nivel hegemónico era el ideológico. No fue el *hambre* lo que motivó el Cordobazo, fue un proyecto de poder obrero en el ámbito fabril cordobés. Desde la contrainsurgencia (lo sabemos) la guerra era también ideológica: salvar al Occidente libre del avance marxista. "Es en esta segunda historia" (escriben S/V) "que, por obra de la violencia, la muerte se transforma en una banalidad cotidiana que reemplaza a la palabra; es esta segunda historia la que culmina en una represión sin precedentes en la Argentina" (S/V, *Ibid.*, p. 145).

Un economista podría objetar: para analizar el Cordobazo usted tiene que acudir a la economía. Tiene que explicar la concentración de la industria automotriz en la ciudad de Córdoba, sus márgenes de ganancia, el tipo de obrero que esa industria genera, etc. Cierto, y creo que lo hemos hecho. No incurrimos en el detalle de la cuestión. Bastó decir que Córdoba tenía un proletariado con un desarrollo ideológico fuerte por estar ligado a un aparato industrial moderno y dinámico. Y a una organización sindical clasista y combativa. Lo demás lo buscamos en la política y la ideología. La sociedad argentina vivía bien en los años sesenta. No lo sabía y creía que podía vivir mejor. Y los militantes denunciaban la explotación del proletariado y los bolsones de miseria. Pero todo estaba infinitamente lejos del paisaje que hoy se detecta. Todavía se vivía el esquema capitalista keynesiano de la Argentina peronista: producción, consumo y el Estado interviniendo de modo persistente y decisivo. No había podido ser desmontado. Y era la presencia del peronismo, de sus bases, de su sindicalismo lo que lo impedía. Esto es lo que –supongo– Halperín Donghi llama "larga agonía de la Argentina peronista". Recién la dictadura del '76 le dará el golpe que buscó ser definitivo. Para eso se instaló el terror. Para instalar la Argentina sin Estado, sin sindicatos, con enorme desempleo y con la primacía total de la esfera financiera. Esta patria, sin embargo (a la que se llamó "financiera"), no pudo ser consolidada por Martínez de Hoz: los militares no podían entregarle el Estado. Lo necesitaban para la masacre y para sus propios negocios. Buena sorpresa se habrán llevado Martínez de Hoz y Walter Klein cuando descubrieron la codicia de los militares. Klein fue el que más concesiones les dio. Pidió créditos innecesarios para fortalecer a un Ejército innecesario y calmar la ambición de militares codiciosos. Así se creó la deuda externa. El que por fin liquida sin piedad la economía peronista es... un peronista. Carlos Menem. Ahí sí: a partir de los '90 y a partir de la caída del glorioso Muro "de la libertad" (de mercado), el menemismo arrasa con todas las conquistas de la soberanía peronista. Aniquila el artículo 40. Destruye el Estado y lo somete a los grupos económicos. Lo hace Menem y lo hace el Partido Justicialista, jubilosamente. Se hace cierta la predicción de Evita: *es el peronismo el que acaba con el peronismo.*

ENUNCIADOR SEGUNDO: SÓLO VALE SU ENUNCIACIÓN SI COINCIDE CON LA DEL ENUNCIADOR PRIMERO

La historia del Perón de Madrid y del Perón del regreso es una de las más originales, ricas y fascinantes de la historia política mundial. Es sencilla y trágica: un líder, desde el exilio (desde la exterioridad), les da la razón a todos. Pero comete lo que habrá de ser un gran error. Pierde su condición de privilegio. Hace lo que posiblemente no debió hacer: retorna. Al hacerlo se historiza y se pierde como mito. Todos le exigen ser avalados por su palabra. Pero, aquí, en el campo duro y sucio de la Historia, aquí, en la cercanía, no en el exilio sino en la patria, el líder tiene que elegir. Ya no hay verdades para todos. Algunos no tienen razón. Ahora hay réprobos (excomulgados, *herejes*) y elegidos. Los réprobos no aceptan su condición. Peor aún: elaboran una teoría sobre la debilidad del líder. Está cercado. No es él quien habla por su boca. Son otros. Unos seres malditos, demoníacos, que lo han cercado. Un brujo. Su palabra no es la suya. ¿Qué palabra valdrá entonces? La de los réprobos, que se lanzarán al rescate del líder cautivo. Los elegidos, infatuados por el líder, se desbocan y empiezan a matar a los réprobos. ¿O no los ha condenado el gran enunciador de la Verdad? El enunciador, cuando señala al réprobo, señala, para la práctica de los elegidos, al que debe morir. Al que se debe matar. Al que es posible y hasta necesario aniquilar. El líder queda en medio de la lucha de facciones. Unos quieren liberarlo de sus ataduras. Rescatarlo para sí mismo. Para que el líder vuelva a ser el que fue. Los elegidos ven en esa acción el intento de matar al líder. Tienen razón: *los réprobos, al buscar que el líder no sea el que es sino el que fue, tratan de matar al líder que es en nombre del líder que fue*. Sencillo: el que fue los había elegido a ellos. El que es los condena. Sólo puede estar equivocado, dicen los réprobos. "Este es el verdadero líder", dicen los elegidos. El otro era un líder que apelaba a todas las tácticas para obtener la victoria del retorno. Este, el de hoy, es el verdadero. De su boca salen las verdades del único peronismo.

"La juventud peronista (escriben S/V) forma parte de esos movimientos compuestos mayoritariamente por miembros de las clases medias, ligados a las instituciones de enseñanza (secundaria o universitaria) y surgidos de la conmoción que la Revolución Cubana había producido en toda América latina. La juventud es un ejemplo, entre otros, de la movilización de jóvenes pertenecientes a los sectores intelectuales" de la burguesía, que desde siempre hablaron en nombre del 'pueblo' y que, en los años sesenta, iniciaron acciones revolucionarias guiados por un voluntarismo socialmente determinado" (S/V, *Ibid.*, p. 146). Hay que añadir que, en sus mejores momentos, hasta, digamos, Ezeiza, la juventud peronista va en busca de los sectores proletarios, de la clase obrera. De los "negros peronistas". (Nuestro "proletariado británico".) Como intención política es muy ponderable. Pero lo que se logra nuclear no es a la clase obrera, que se sigue expresando por medio de su organización sindical, sino a sectores marginales a la producción: los habitantes de las villas miseria sobre todo. Como sea, hay algo que la Jotapé encuentra como dato ilevantable: todos los expoliados de la patria, los obreros de los sindicatos y los villeros de las villas creen, ante todo, en Perón. De modo que sólo de modo derivado o secundario puede la Jotapé asumir la representación y, sobre todo, la *palabra* del pueblo. "No puede abandonar la pretensión de ser el portavoz del Pueblo, pero al mismo tiempo está obligada a aceptar el principio según el cual Perón expresa, *por definición*, los verdaderos intereses del Pueblo, dado que esta aceptación es el fundamento mismo de la identidad *política* de la juventud (...) El problema consiste en las relaciones entre la palabra de Perón y la palabra de la Juventud Peronista, y lo que está en juego es el vínculo de cada una con la entidad Pueblo. La lógica del discurso peronista exige que estas dos palabras coincidan, puesto que esta coincidencia es la definición misma del 'ser peronista'" (S/V, *Ibid.*, p. 148).

Aquí se ve clara la tragedia. Todo había sido mal planteado. O la Jotapé debió renunciar a ciertas convicciones que tenía ser la vanguardia del Pueblo, por ejemplo. Imposible. Lo hemos dicho y volvemos a decirlo. Para ser vanguardia del Pueblo había que salir del peronismo. Pero si se salía se salía del Pueblo. La vanguardia se quedaba sin pueblo, como por fin ocurrió. En suma, para el "enunciador segundo" (la Jotapé) su enunciación sólo vale si coincide con la del "enunciador primero" (Perón). Esto es la *lealtad*. Si hay una asimetría, una asincronía o –así le llaman S/V– un *desajuste* entre la palabra del "enunciador primero" y la del "enunciador segundo", éste se encuentra ante una alternativa extrema. Poco se pensó que el "entrismo" en el peronismo implicaba la aceptación a-crítica de la palabra de Perón. *Sobre todo porque así la recibía el pueblo.* Si algo no entendieron los Montoneros y sí entendieron todos los disidentes a partir del asesinato de Rucci es que el Pueblo, entre la palabra de Perón y la de ellos, habría de elegir *siempre* la de Perón. Los Montoneros disimulaban su condición de "recién llegados" al peronismo trazándose un linaje que partía desde las montoneras gauchas (de aquí su nombre) o de San Martín o de Rosas y luego de Yrigoyen y Perón. No, nadie podía reclamar semejante linaje. Sólo Perón, en todo caso. Y porque, en buena medida, los de la Libertadora se lo habían ofrecido en bandeja: la "Segunda Tiranía". Quedaba así Perón unido a la tradición nacional del siglo XIX, al caudillo de la Ley de Aduanas del '35, al amigo de los negros y de los gauchos. Al héroe inmortal de la batalla de la soberanía, la de la Vuelta de Obligado. Es como esa frase machista que algunos tipos les suelen decir a sus mujeres: "A la Vieja la conozco desde el día en que nací, a vos te encontré en la calle". Frase impecable de la misoginia argentina, del machismo y de la cultura tanguera. En Discépolo hay ejemplos de sobra. En "Esta noche me emborracho": "Que chiflao por su belleza/ le quité el pan a la vieja/ Me hice ruin y pechador" (Oscar Del Priore, Irene Amuchástegui, *Cien tangos fundamentales*, Prólogo de Horacio Ferrer, Aguilar, 1998, Buenos Aires, p. 144. Este trabajo del gran erudito Oscar Del Priore y de Irene Amuchástegui es de sustancial excelencia. Lo cito para incitar a los lectores a arrojarse sobre la poética de los tangos. No se puede entender a este país sin ser tanguero. Sin conocer todo lo que de él se expresó en esa música de aliento brahmsiano y poética proto-existencialista basada en la gran tradición de los novelistas rusos). O en "Tres esperanzas": "Tres esperanzas tuve en mi vida/ Dos me engañaron/ Y una murió". La que murió es la Vieja. Pero muere pura, sin engañarlo. Las otras dos son: la vida y el amor. El "amor" son las mujeres. Que siempre engañan. Que son la cifra impecable de la perdición. En "Tres esperanzas" dice cosas que hoy a todos nos suenan con fuerza: "Las cosas que he soñao/ me cache en dié, qué gil". Y si quieren amargarse un poco más atajensé ésta, célebre pero siempre arrasadora: "Si a un paso del adiós/ no hay un beso para mí,/ cachá el bufoso... y chau/ ¡vamo a dormir!". Raro sería encontrar en la historia de la poética de las canciones populares de este ancho mundo una estrofa como ésa de Discépolo. Que ponía a la Madre por sobre todas las cosas. Lo único incontaminado. Lo único en que se podía creer. De aquí viene esa frase de la misoginia esencial del hombre argentino (sobre todo de Buenos Aires): "A la Vieja la conozco desde el día en que nací, a vos te encontré en la calle". O "en la milonga". O "en el café". Pero es "la Vieja" la que lo acompaña desde pibe. La que lo cuidó siempre. La que lo aconsejó bien. Bueno, Perón es "la Vieja". Contra esto, ¿qué podían los Montoneros? Más aún cuando eligen (como eligieron desde la infatuación del 25 de mayo, desde la enunciación de la consigna "Conducción/ Conducción/ Montoneros y Perón") ser la *vanguardia*. Perón se moría. Sólo una organización revolucionaria de vanguardia podía reemplazarlo. Ahí estaban ellos. Esto se leía en el voluminoso texto llamado "La Biblia" que se repartió desde marzo del '73: era el conjunto de las charlas de Firmenich en los distintos "frentes de masas" o en las unidades básicas de la Jotapé. Pero –lo hemos dicho largamente– no hay vanguardia posible en un movimiento político conducido por un líder carismáti-



co al que las masas adhieren. Siempre él será el “enunciador primero”. O sea, lo que la vanguardia quiere ser. Si no lo es, no es vanguardia. Se abre aquí para la vanguardia una alternativa de hierro: “O bien la vanguardia renuncia a su rol privilegiado de portavoz del Pueblo (una especie de suicidio en tanto vanguardia) o bien se decide a no reconocer más la palabra del líder como expresión del Pueblo, lo cual la lleva inexorablemente a colocarse fuera del mecanismo discursivo del peronismo, a negar el carácter intransferible de la enunciación de Perón y a definirse a sí misma como ‘enunciador primero’” (S/V, *Ibid.*, p. 148).

LA “TEORÍA DEL CERCO” ELIMINA LA ENUNCIACIÓN DEL ENUNCIADOR PRIMERO

Mas, en tanto Perón viva, el Pueblo no habrá de aceptar a la vanguardia como “enunciador primero”. Sólo a Perón le reconoce ese poder, esa jerarquía, ese lugar en su corazón. De aquí que no haya sido tan absurda la recurrencia a la teoría del cerco. Esto quiero plantearlo claramente: la “teoría del cerco” tenía el mérito o la pretensión de enmudecer al líder. *Su palabra no era suya*. Eran otros los que hablaban a través de ella. Lo que decía el líder no lo decía él. El líder no hablaba, era hablado. No enunciaba, otros enunciaban por su mediación, dominándolo. Este líder débil, cercado, este líder *yirolita*, este líder muñecoide manejado por un grupo de ventrílocuos demoníacos, autorizaba la palabra del “enunciador segundo” (por seguir usando el concepto valioso de S/V). El “enunciador primero” no decía, al enunciar, *su propia palabra sino la de sus apropiadores*. Así, la *verdad* era expresada por el “enunciador segundo”, que se transformaba en “primero”. La vanguardia volvía a ser vanguardia y tenía ahora la misión de rescatar al líder de sus captores. A quienes se decidió llamar “la familia”. O –si se centraba todo en López Rega– “el cerco del Brujo”.

Sin embargo, esta interpretación le servía a la vanguardia para validarse a sí misma y ante sus militantes. El Pueblo (al que ahora decían representar en primer término) no se daba por enterado de esta cuestión. No podía incluso concebirla. El líder lo era por su poder, por su fortaleza. ¿Cómo iban a neutralizarlo unos cuantos monigotes? Perón era Perón. Con Perón nadie podía. Hablaba Perón y era él quien lo hacía, ningún otro. Las palabras que salían de su boca eran suyas. Y si decía “la juventud está cuestionada” la vanguardia ya perdía toda esperanza de ser meramente enunciadora del Pueblo, ni siquiera “segunda”. Cuando se decidió el “entrismo” en el peronismo se debió tener más clara esta cuestión. Lo dijimos cuando hablamos de los conceptos de “movimiento” y “vanguardia”. La “vanguardia” de un movimiento es el conductor. Incluso, recordemos, cuestionamos la autodenominación de “tendencia revolucionaria”. Será el conductor el que decida eso. El que pone *nombres* en un movimiento es el líder. La “tendencia” habría podido ser “revolucionaria” si Perón la hubiera consagrado así. Si en algún momento lo hizo (raro) habrá sido por uno de los tantos artilugios tácticos. Pero, para Perón, el Movimiento siempre fueron todos. Los muchachos pegaban con más fuerza, eran más duros. *Pero la fuerza revolucionaria era el movimiento en su conjunto*. Y *el movimiento carecía de “tendencias”*. Ahí ya hubo un pecado de soberbia que habría de ser continuado por otros.

Hay, en el movimiento (y en todo grupo político que se precie) *un nosotros de identificación* (S/V, *Ibid.*, p. 152). “Puesto que el único signo de pertenencia al peronismo es la expresión de la lealtad a Perón, es evidente que esta lealtad puede ser proclamada por cualquiera. *El principio inverso y complementario exige que sólo el líder pueda identificar aquellos casos donde esta expresión de lealtad es pura apariencia: en el caso del traidor y del infiltrado”* (S/V, *Ibid.*, p. 152, Cursivas nuestras).

Reflexionemos esto: *¿Cuál es la verdad?* Recordemos a Foucault: *La verdad es resultado del poder*. Si esto es así el único que puede imponer la *verdad* es Perón porque su palabra tiene el privilegio de ser la del líder. *No hay mayor poder que la palabra de Perón*. Aquí, *Poder y verdad* se identifican en la palabra del líder. Muerto Perón, el caos. La lucha, la sangre. Cada uno –para imponer su verdad– tiene que aniquilar al Otro. La *verdad* surge del fusil, para decirlo a lo Monto. La *verdad* es del vencedor. *Vencer es poder imponer mi verdad como verdad para todos*.

El tema de la *verdad* es uno de los más fascinantes de esta coyuntura. En un campo de batalla político, ¿quién tiene la verdad? O si se quiere: ¿quién tiene razón? Tengo una respuesta dolorosa para esto: nadie la tiene. *Todos hacen lo exactamente necesario para que todo salga mal*. No olvidemos que todo confluyó en el Horror. Nadie pudo frenar esa posibilidad. La Historia –empujada por los errores de todos– se deslizó hacia la tragedia y los militares recibieron lo que esperaban como un fruto maduro. ¿Se pudo haber evitado? ¿Cómo? *¿Cómo podría evitarse si Perón regresó a la Argentina a morir?* A ser superado por las contradicciones. A no poder manejarlas. A desgastarse sin cesar. Y a morir cuando parecía querer cambiar algo. Pero tarde, demasiado tarde.

LA VIOLENCIA SE DA “FUERA DE LA PALABRA”

La insumisión de la Jotapé fue destructiva para Perón. Se obsesionó con ella. La atacó brutalmente. Incurrió en prácticas clandestinas. Posiblemente buscó recurrir al Ejército. Los milicos gorilas habrán disfrutado la situación: “Usted los creó. Usted extermínelos. Es una tarea sucia. No pida que se la hagamos nosotros. Que se la ahorremos”. Así las cosas, Perón –obstinado en librarse de la guerrilla Montonera y de los dislates del ERP– cede a la creación de bandas clandestinas. He dicho “cede”. Y no sé si “cedió” o dio la orden. Lo veremos. Pero *el sentido común está instalado*: Perón no podía ignorar lo que se preparaba. Incluso puso a los hombres que habrían de encabezar la tarea de exterminio (cruel, despiadada, fascista a ultranza). El Comisario Villar, cuyo prontuario estremecía. Margaride, más torpe y hasta algo patético. Osinde. La revista *El Caudillo*, con Felipe Romeo de director. El C de O. La CNU. Y López Rega, siempre junto a Perón, armando las listas. ¿Y Perón, entre tanto, dónde estaba? ¿Jugando con Isabelita a la escoba de 15? Nadie cree eso. Ya citaremos un texto imperdible de la revista *Barcelona*.

Escriben S y V: “Mientras Perón no designe él mismo al enemigo, los enunciadores segundos están condenados a una lucha interna que es puramente *especular*: para los dirigentes sindicales, los infiltrados son los jóvenes; para éstos los burócratas sindicales son traidores.

“Entretanto, el conflicto sólo puede resolverse fuera *de la palabra*: en el silencio, la violencia, el asesinato” (S/V, *Ibid.*, p. 152).

Sin embargo, si el conflicto se desarrolla *fuera de la palabra* es porque la palabra ha sido dicha. Perón le arrojó a la Jotapé la responsabilidad de lo de Ezeiza. Y cuando los recibió en Olivos los sometió a una de las tantas humillaciones que habría de inferirles. *El Descamisado* del 24 de julio de 1973 titula en su tapa: “Se rompió el cerco del brujo López Rega”. Mentira. Total y absoluta mentira. Primero: el “brujo” no tenía cercado a Perón. Esta era la mentira fundamental. Perón seguía siendo bueno. “Un viejo montonero.” Perón ese maldito brujo lo cercaba y le hacía decir y hacer lo que él quería. ¿Por qué? ¿Por qué era un brujo o porque Perón estaba viejo y medio idiota, se babeaba y hacía lo que ese enano y payaso ridículo le ordenaba? Nunca se explicó esto; 2) Además, de existir un “cerco”, no se había roto ni por joda. Adentro, *El Desca* publica una foto falsa. Una foto para engañar a la militancia. Una foto imperdonable. Está, en el medio, Perón, sonriente, de buen ánimo, con traje, corbata y pañuelito en el bolsillo exterior del saco. Y, a su alrededor, también muy felices vemos a Dante Gullo y al flaco, alto y rubiote Juan Carlos Añón, integrantes del Consejo Superior de la Juventud Peronista por la Regional Nº 1 y también a Miguel Lizaso y Roberto Ahumada, responsables de Zona Norte y Capital Federal de la misma Regional 1. Ahumada lleva un sacón de cuero bien Jotapé. El que quiera ver la foto que no le pierda detalle. Era un rasgo muy marcado de la Juventud: el sacón de cuero. Yo, lo dije, tenía uno. No sé por qué lo usábamos. En uno de sus principales aspectos, a mí me recordaba a James Mason en *El zorro del desierto*, de Henry Hathaway, haciendo Rommel, el general alabado por Churchill, una de las cabezas del atentado del 20 de julio de 1944 contra Hitler, pero un gran general alemán, el jefe del temible Africa Korps, el derrotado de El Alamein. El brillante estratega de Tobruk. Queríamos ser duros. Todos grandes generales como Rommel. O por ahí algún comerciante en cueros de la calle Florida había largado la moda y habíamos sucumbido a ella. No éramos nazis, desde luego. Todo lo contrario: luchábamos contra el nazismo. Pero Roberto Ahumada se veía bien con el cuero encima. Galimberti lo usó inmoderadamente.

El diálogo que se produce es tenso. Ahí ya late la violencia que se desplegó en Ezeiza y, sobre todo, la que vendrá. Lastiri y López Rega reciben a los delegados de la Jotapé. Luego aparece Perón. Lopecito, sin vueltas, dice:

–Debajo de los ponchos ustedes llevan armas. Armas largas.

Era muy usual usar unos ponchos colorados, federales.

–No es así –le responden–. Invitamos al señor Squeer a controlar si es cierto.

Juan Squeer era el jefe de la custodia de Perón. No se lleva a cabo la inspección, que habría sido un desastre. Perón dice algunas vaguedades sobre su salud y –al parecer– promete asistir a un acto de la Jotapé. López Rega interviene otra vez:

–Las Juventudes Peronistas son muchas y están divididas.

Se le responde que la Juventud Peronista es una sola. Una frase que ya era una consigna de lucha para la militancia: “Y ya lo ve/ Y ya lo ve/ hay una sola Jotapé”.

Se sacan la foto. En *El Desca* aparecen –como dijimos– Perón en el medio rodeado –*¿era el cerco de reemplazo, el que quería la juventud, el “cerco revolucionario”?*– por Lizaso, Ahumada, Añón y Dante Gullo. Falso. *Todos los diarios sacaron la foto verdadera*. A los costados de todos, cerrando la fila, uno de un lado, otro del otro, estaban Lastiri y López Rega. *El Desca* los había recortado. No se derrota al enemigo con una tijera. No se informa adecuadamente a la militancia sacando de la foto a los enemigos. “Sacarlos” es algo más complejo. Habría sido más honesto, menos triunfalista pero más real, habría llevado más certezas acerca de la verdadera situación la foto que publicaron los diarios “del régimen”. Con López Rega y Lastiri.

No se había roto el cerco del “brujo López Rega”. Ante todo, porque no había cerco. Y luego –de haber sido cierta esa teoría– porque tampoco se había roto. Cercándolos a todos, uno a cada costado de la línea de personajes, estaban, bien firmes, sólidos, insoslayables, Lastiri y el maldito Brujo. Y pocas horas después porque Perón se mandaría su macabra tocada de culo a toda la militancia juvenil: “Ahí la tienen a la cabeza de López Rega. Se las pongo al frente de la reorganización de *las* juventudes peronistas”. Miguel había tenido razón: “No hay que apretarlo al Viejo. No hay que ir con consignas duras”. Igual, Perón revelaba un duro espíritu castigador, vengativo. Y una pésima jugada de conducción. El, que se las sabía todas, había dicho siempre que al “enemigo hay que darle un 50 por ciento pero quedarse uno con el 50 por ciento más importante”. A la Jotapé le dio, no un 50 por ciento, sino nada, un puntapié insultante. Fue una provocación. Una abierta, insultante provocación de un líder que se creía capaz de todo. A provocación, provocación y media. Los Montos, la Orga, elevó el tono del enfrentamiento a niveles sin retorno: acribilló a Juan Ignacio Rucci. Lo *traviató* sin asco. Creían haber tirado sobre la mesa el mejor cadáver para “apretar al Viejo”.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Asesinato de Rucci, “fuimos nosotros”